



REDACCION Y ADMINISTRACION:
O'Reilly, 54, entre Habana y Compostela.

SATÍRICO Y LITERARIO.



DIBUJANTE CARICATURISTA:
Víctor P. de Landaluze (D. Junípero.)

Año III.

PRECIOS DE SUSCRICION EN LA HABANA
Un mes.....\$ 1,, Un año.....\$ 10,,
Seis meses.....\$ 5-25 Núm. suelto.....,, 25

Habana 25 de Febrero de 1872.

PRECIOS DE SUSCRICION EN INTERIOR.
Tres meses.....\$ 3-75 Un año.....\$ 12-75
Seis meses.....\$ 7,, Núm. suelto.....\$,, 30

Núm. 8.



S. A. J. EL GRAN DUQUE ALEJO ALEJANDROWICH.

Juan Palomo.

SUMARIO:

TEXTO.—Menestra semanal, por Juan Palomo.—Actualidades, por Juan Perez.—Arrogante moro estás! por Juan de Austria.—Cuentos de manigua: Las dos barajas (continuación), por Juan Sin-Tierra.—Epístolas á JUAN PALOMO: de Nueva York, por John Bull; de Madrid, por M. Hiraldez de Acosta.—Boceto á la pluma de don Cristóbal Martín de Herrera, por Juan Cualquiera.—Cartas teatrales, por Juan Particular.—Sartenazos.—Advertencias.—Geroglífico.

ILUSTRACIONES.—Retrato de S. A. I. el Gran Duque Alejo Alexandrowich, por Cisneros.—Caricaturas, por Don Junifero.

MENESTRA SEMANAL.



a pasado el Carnaval, con su apéndice la Piñata, y aún estoy con fuso, atortolado, lleno de dudas, enteramente turbado.

Y es que esto de la política marea más que una danza de sesenta minutos, con circunstancias agravantes y compañera ajamónada.

He recibido los periódicos de Madrid por el último correo, y al verme entre ellos, me parece encontrarme en un baile de Tacon, con el bando y todo del Sr. Gobernador, prohibiendo.... vamos, ¿cómo diré yo?... las señales exteriores de pasión y de entusiasmo coreográfico.

Hay en ellos tal rebullicio, tantas piruetas y contorsiones, tantos camelos y tantas guasitas, que me río de las carnestolendas.

Abro un periódico perteneciente al partido radical, y leo:

“La patria se pierde si el poder pasa á manos de los conservadores.”

¡Horror! pobre patria! recemos por ella tres Padres Nuestros, aunque no nos han enseñado á rezar más que uno.

Me echo ahora á la vista un diario conservador, y leo:

“La perdición de nuestra patria sería que entrasen ahora á gobernarla los radicales.”

¡Dios de Israel y sus islas adyacentes! ¿qué es esto? ¿por dónde se salvará la patria? ¿cómo se librará de esta perdición por partida doble?

Hago la pregunta con mucho interés, no por mí, que tengo ya mi opinión formada sobre el particular, ni por la patria, que no demuestra mucho empeño por saberlo, sino por ese príncipe ruso que estamos esperando y que naturalmente querrá enterarse de las cosas nuestras.

¿Qué le contesto yo si me pregunta qué ideas políticas son las que más beneficios reportan al país?

Vamos, pónganse ustedes en mi lugar, y díganme si es gordo ó no es gordo el compromiso.

Rivero se marcha en busca de los republicanos. El viaje lo hace en tren económico, y según dicen algunos, con billete de ida y.... vuelta. Vere nos.

Habría reconocimiento y reconciliación, como en todos los melodramas traducidos del francés.

Llegará Rivero, sucio con el polvo del camino, envuelto en una capa y con un medallón al cuello.

—¡Cielos! exclamará la primera persona con quien tropiece, ¡ese medallón! esas facciones!

—¿Qué voz es esa?

—¿Tú eres el que se marchó de aquí hace tres años y pico, para ser alcalde, ministro y demás?

—Sí!

—Y el que es el ministerio no hizo nada de provecho?

—Sí!

—¿El amigo de Azcárate?

—Sí!!!!.... Y tú eres la....?

—Sí!

—Pues entonces yo....

—Hijo mío!

Abrazos y lágrimas al por mayor.

Ni más ni menos, como sucede en todos los melodramas traducidos del francés.

Que Rivero se haya marchado con viento fresco al punto de donde salió, muy santo y muy bueno, porque cuantos menos bultos.... ya saben ustedes el refrán; pero ¿qué vá á decir ese príncipe ruso al encontrarnos sin Rivero?

¿Qué le contesto yo cuando me pregunte por él?

Tenemos ya otro ministerio, si no enteramente nuevecito, retocado de manera que parece sin entrenar.

Obrando con justicia, debo decir que la crisis se ha resuelto de la manera más conveniente para los intereses de Cuba.

El Presidente Sagasta tiene hecho su elogio en su brillante circular á los gobernadores, en la que trata al laborantismo como se merece.

De Martín de Herrera vá hoy el boceto á la pluma en el lugar correspondiente.

Romero Robledo es ya popular en esta Isla y en la de Puerto Rico. Constante defensor de nuestros intereses, ardiente campeón contra las ideas separatistas, aunque se presenten bajo formas muy encubiertas, y conocedor del peligro que puede amenazarnos, su nombre lo oyen con gusto los leales y es garantía de tranquilidad y acierto.

El general Rey es un pundonoroso militar, fiel observador de la ordenanza, y para quien el honor de la patria está por encima de todo.

Podemos, por lo tanto, esperar que mirará con elevado criterio la cuestión de Cuba, y no ha de escasear los recursos, si falta hiciesen, para devolver á este país la paz y el bienestar de que ántes disfrutaba.

Lo que es en este asunto, estoy fuerte y puedo contestar con conocimiento de causa si el príncipe ruso me hace alguna pregunta.

Ahora, si su Alteza Alexis quiere enterarse de la situación que el poder español ocupa en Cuba, tendré que echarme á llorar, porque yo no sabía lo que acaba de revelarnos el *Tribune* de Nueva York.

“Aún cuando todos los patriotas, dice, yacieran muertos en las montañas, España no sería dueña de Cuba.”

¿Usted lo vé? ya me lo temía yo!

Ellos, muertos en los bosques, comidos por las auras, y nosotros aquí, vivos y sanos, comiendo y bebiendo á placer, bailando dancitas sabrosas y haciendo mimos á los príncipes rusos; y sin embargo, ellos serán los dueños, los vencedores, la gente feliz.

¡Sí señor; viviremos, porque ellos, es decir, los cadáveres de ellos, tendrán la atención de permitirlo.

Esto es tan cierto como que lo dice el *Tribune*, periódico muy formalote y muy inteligente en esas cuestiones de muertos que mandan y vivos que obedecen.

No me preguntes ¡oh príncipe ruso! no me preguntes nada sobre este asunto, porque voy á tener que llorar en ruso, para que comprendas mi amargura, y no sé llorar más que en español!

No me aflijas ¡oh amado Teótimo de tu tierra! no me agobies con tus preguntas, no pongas sitio á mi prudencia, porque si nó, me veré obligado á hacerle leer el *Tribune*, y adios tu alegría! te pondrás triste, caviloso é hidrofóbico y ya no podrás disfrutar de las diversiones que te preparamos!

Calla, calla! y cuando al revolver de una esquina te encuentres un muerto con cara de patriota (al estilo filibustero) salúdale con respeto, y aunque no te conteste, no te enfades, porque si él se empeña, dejarás de ser ruso y príncipe y buen mozo.

JUAN PALOMO.

ACTUALIDADES.

¡Parece mentira! En la clasificación de periódicos y periodistas que ha hecho Manuel del Palacio, dividiéndolos en grupos que sostienen diversas opiniones ó medran por no tener ninguna propia, no hay una denominación, una clase, un grupo que pueda corresponder al periodismo de Cuba, tal cual lo comprendemos los que por estos trigos nos engalanamos con el título de directores de la opinión. Esto prueba que los que aquí nos dedicamos á escribir para el público, lo hacemos con tal arte, que en nada nos parecemos á nuestros compañeros de allende el Océano, y formamos *ranchito aparte*, como suele decirse, en la república de las letras, que no por llamarse convencionalmente así deja de estar sujeta á las peripecias que amenizan la carrera del escritor, un si es no es parecida á la de baquetas.

¡Cuidado si he leído con el idem mayor el trabajo del ex-festivo, ex-demócrata, ex-oposicionista y hoy furibundo don Manuel! Y todo para ver en qué grupo de los determinados por él, con la maestría del que entiende el oficio, podría colocarse JUAN PALOMO y cabría este servidor de ustedes y último cata-salsas de la cocina *Palomística*. Pero, nada; en ninguno de ellos están bien definidas nuestras aspiraciones, y con sentimiento renuncio á recibir de manos de mis compañeros la comunión política que me hiciera partícipe de sus glorias y fatigas, de sus peligros y triunfos.

JUAN PALOMO no es periódico de partido, á los que detesta cordialmente, sin creerlo pecado. Sirve á su modo y con firme voluntad á la Patria, en cuyo amor se inspira; pero como la Patria es una unidad compacta, que no admite fracciones, él pertenece en cuerpo y alma al todo nacional y forma en buena línea en la agrupación política que tuvo á bien dejarse en el tintero el diplomático poeta. Tampoco es ministerial, porque si fiso y abonado es para sazonar un pisto manchego, en cambio nada se le alcanza en eso de darle récio al incensario, haciendo la ajena delicia y el provecho propio; no es de oposición, porque jamás calumnia, y sus tendencias pacíficas le alejan del peligroso terreno de las agresiones, donde se cosechan desazones que baldan; no es mercantil, porque viviendo ajeno á todo género de públicas transacciones, incluso las de conciencia, ni compra ni vende, y aborrece la crisis cuanto le tiene horror á la demanda; navega con rumbo fijo, eso sí, al puerto de la esperanza, único que para él existe en las accidentales costas del periodismo; y no es personal, aunque exhibe su nombre y efigie en la enmarañada viñeta que le sirve de sombrero, porque el pobre JUAN, más que que para su persona, trabaja de Enero á Enero para el Obispo.

Es decir, para el Obispo precisamente nó; que está muy lejos S. I. para partir peras con JUAN PALOMO, pero sí para los zánganos que no le pagan la suscripción, después de leerle y comentarle de cabo á rabo. Sea esto dicho en concepto de inocente desahogo.

Con que, quedan probadas dos cosas: primera, que en la clasificación general del periodismo de Palacio no está excluido JUAN PALOMO, lo que le importa un pito; y segunda, que para empezar un artículo lo mismo sirve este asunto que cualquier otro.

Vamos á otra cosa; digamos algo que seduzca y conmueva, fortifique y apriete.

Entre los asuntos principales de que poder tratar, nada más principal que el esperado y suspirado príncipe ruso, y con verdadero, entusiasta júbilo hablaría yo de S. A. I. si motivos de ausencia, enfermedad y temperamento no me condenasen á la imposibilidad de mirarle y aún admirarle.

¡Terrible contratiempo!

Porque un príncipe de carne y hueso, que habla, digiere y come, no es cosa que se vé todos los días, prueba de ello es que hay generaciones enteras sin poder engreirse de haberse entregado á ese estudio contemplativo; y cuando ese príncipe es ruso, conservado entre las eternas nieves de su patria, fresco y sin duda sabroso, á guisa de humano sorbete, con algo del *esprit* cosaco que inspiró á Espronceda y hace hoy la felicidad de los hijos de Polonia, entonces el interés sube de punto, se hace poderoso, vital, mayúsculo y digno de una docena más de adjetivos encargados de darle la significación piramidal de rigor.

Pero, de no verlo, me consuelo con el cantar que empieza:

“Aunque yo no lo he visto,
me lo figuro....”

Y yo me figuraré, acá en mis adentros, un príncipe, si no tal cual es, bastante bueno para mi uso particular. Es un procedimiento que me atrevo á recomendar á mis lectores y que me sirvió admirablemente para saber lo que hablaron Mr. Fish y Mr. Sickles en aquella histórica entrevista que sacó de quicio á los políticos de profesión. Cuando uno no tiene una cosa y la necesita al extremo de no poder pasarse sin ella, ¿qué ha de hacer? Claro está; ¡zás! se la fabrica á su gusto, y pleito acabado.

El hijo del Czar Alejandro debe ser como todos sus caros colegas. Ya verán ustedes como las apologeticas descripciones de su persona, encargadas de llevarnos á la cúspide de la dicha, no me dejarán mentir; por ellas sabremos lo que tenemos olvidado: que es buen mozo, sagaz, ilustrado y un tanto enamorado, con mucho de Adonis, de Séneca y de Leonidas por partes iguales. Así es como lo quiero yo; así es como ha de ser para hacerme exclamar: ¡que me lo traigan!

JUAN PEREZ.

ARROGANTE MORO ESTÁS!

Hay unas cajitas de resorte, que sirven para entretenimiento de los chicos y algunas veces de los grandes.

Se oprime ese resorte, y ¡pif! sale un muñeco de encrespada cabellera, ojos saltones, boca descomunal, orejas *idem* y color aceitunado. Es decir, lo más á propósito para excitar la risa.

La única obligación que tiene el muñeco es ser obediente al resorte y salir de la cajita cuantas veces se lo manda este.

Por supuesto, el resorte no pone en movimiento más que al consabido muñeco.

¿La conciencia de algunos hombres será el boton que se oprime, haciendo las veces de muñeco la soberbia que sale á la superficie?

Tengo datos para creer que es así.

En el Congreso de Diputados de la nación española, y aprovechando un instante de calma y de silencio (cosa que ya se ha hecho rarísima en aquel sitio) el Presidente del ministerio, Sr. Sagasta, dijo que en la misma Península había traidores á la patria.

Lo lógico era que á tan terribles palabras siguiese un silencio sepulcral, ó una señal de asombro, ó cuando más una exclamación general de

—¡Ha visto usted qué desvergüenza la de tales gentes!

Pero no se contaba con que en el Congreso había muñecos de resorte, y está claro, una vez oprimido el boton, saltaron los muñecos.

Pálido, ojoso, descompuesto, con el cabello erizado como cola de gato ante un rival feliz, trémulas las manos, balbuciente la boca y los ojos saltaricones, se levantó el muñeco del resorte.

Era nada menos que el sin par Diaz Quintero: el doña Emilia Casanova del laborantismo español.

El que no pierde ocasión de exhibirse como aquella y el que no borda banderitas, no por falta de gusto, sino porque no aprendió á bordar en canamazo, ó porque no.... dan bastante para seda y agujas.

Es cosa de gusto que se hable de traidores á la patria y se dé por aludido un español!

¿Será el boton la conciencia, y la soberbia el muñeco que salta?

¡Hum! mucho me temo que los datos que tengo para pensar así sean exactísimos.

—A mí se me ha llamado filibustero....! decía, echando espumirajos por la boca el muñeco del resorte, alias Diaz Quintero.

—Es el Barba-Azul, chipé! contestaba la opinión pública.

—A mí no me asustan las palabras....

—Arrogante moro estás!

—A mí se me ha llamado traidor....

—Eche usted otro cuartillo por mi cuenta!

—Yo profeso determinadas opiniones en la cuestión de Cuba....

—¿A cuánto la libra?

—Yo soy de opinión de que debemos ceder á Cuba....

—Huélome que vá á haber palos!

—Yo me declaro desde hoy amigo de los insurrectos y enemigo de los soldados españoles que los combaten.

—Mire usted, mire usted como hasta las columnas del salon de Sesiones se han puesto rojas de vergüenza de que tales palabras se hayan pronunciado en el seno de la representación nacional.

—Yo he sido tachado de filibustero, cuando soy más español que los que me lo llaman....

—Basta que usted lo diga!

Recapitemos para no juzgar con ligereza.

Hombres son, y más hombres quizá que otro cualquiera, los antropófagos, y se comen á sus hermanas.

Peces son los tiburones, y se comen á los otros peces.

Diaz Quintero es, por lo tanto, español de un género que podremos llamar *antropófago-tiburonesco*.

Hijo es de España, pero está pronto á comerse la.

No reniega de su patria, pero se la tragará si á mano viene.

No es filibustero ni traidor, pero es amigo de los insurrectos y enemigo de los soldados españoles.

¡Ateme usted esa mosca por el rabo!

Compagine usted esas dos ideas sueltas que se están dando de mogicones.

Entre la gente de la cáscara amarga no ha de faltar quien diga que pueden correr parejas las dos tendencias del muñeco del resorte, vulgo Diaz Quintero.

Si señor, es verdad; pero es una pareja de la Guardia civil la que debería correr detrás de ellas

Y atarlas codo con codo, para que no pasasen por ideas sueltas.

Diaz Quintero tiene una opinion.—¿Quién lo diría!

Y esa opinion es que debemos ceder á Cuba.

Ahora me explico por qué Diaz Quintero tiene una opinion, cuando se comprende, después de analizada su *mollera*, que no puede tener ninguna.

La ha cambiado por el sentido comun.

Ha sido una compra á precio muy subido.

Y cuando tanto le costó esa opinion y tan gordo habló en el Congreso, nosotros, sin inmutarnos, hemos acabado por echarnos á reir.

¡Qué calma la nuestra!

Está visto; nos ha hecho Diaz Quintero el mismo efecto que los muñequitos de las cajas de resorte. ¡Pif! se oprime el boton y saltan.

¿Será la conciencia el resorte y la soberbia el muñeco?

Puede.

JUAN DE AUSTRIA.

CUENTOS DE MANIGUA.

CUENTO CUARTO.

LAS DOS BARAJAS.

XLIV.

Después del fusilamiento de don Ruperto Casamayor, pasaron algunos días en que nada adelantó mi historia, á consecuencia sin duda de ese mismo hecho, que sembró el espanto en el ánimo de la tuerca y de su hija. Aquel castigo ejemplar produjo el efecto consiguiente en el campo de los laborantes, que andaban escondidos como los hurones, temiendo á cada momento ver levantarse la espada de la justicia para caer sobre sus cabezas, y desconfiaban unos de otros, creyendo con razon que el miedo podría arrancar á los más débiles una relación que los llevara al patíbulo; y no había medio de escapar de la ciudad á causa del bloqueo: e-taban, como los leales, cogidos en la ratonera, con su propia conciencia por juez y con sus traidores actos por enemigos.

Veía diariamente á Adelina y le prodigaba consuelos, no escatándolos tampoco á su madre, cuyo estado me inspiraba lástima, á pesar de conocer demasiado sus antecedentes; la buena (ó mala) señora había sufrido golpes tan fuertes en la última época, que, ó había modificado su manera de sentir, ó callaba como una muerta, y aún se veía en sus ojos las huellas de algunas lágrimas, lo cual era un síntoma favorable que la recomendaba. En cuanto al alférez Pacheco, en una semana había conseguido hacer prodigiosos adelantos con sus muletas; á fuerza de andar de noche y día por la habitación, llegó á caminar con tal seguridad, que una mañana se me presentó vestido con la proligidad del que se prepara á recibir una cita amorosa, y me dijo:

—Aquí me tiene usted ya dispuesto á correr por la ciudad sin que me alcance un galgo.

—¡Hola! exclamé alborozado; ¡lo que puede el amor! Pero bueno sería esperar....

—¿Esperar! ¿Para qué?

—Temo una caída.

—¿Cá! me atrevo á perseguir en la manigua á los corredores de la insurrección, sin que me atrapen. Una ventaja grande les llevo.

—¿Cuál?

—Si ahora me rompen una de las piernas en que me apoyo, con algunas pesetas que dé al carpintero reparo el desperfecto.

—¿Es decir que está usted preparado para ir á casa de Adelina?

—Estoy preparado, me contestó ruborizándose como una pública niña que vé sorprendido el secreto de su corazón, para pasear por la ciudad, con objeto de hacer ejercicio.

—Sea usted franco, repuse sonriéndome.

—¿Qué demonio! murmuó; ¿para qué he de engañar á un buen amigo? ¡Ardo en deseos de verla!

—Ahora se pone usted en lo justo. Pero ¿qué actitud vá usted á tomar?

—La de la reserva.

—¡Jesús! Temo que delante de ella sea V. pobre de espíritu.

—Yo también lo confieso; pero necesito que vayamos á su casa, y pronto, porque la impaciencia me devora.

—Vamos.

Cogí el sombrero y salí con Félix Pacheco, que echó á andar con firme paso, obligándose á sujetarlo por el faldón de la levita, porque quería correr, impulsado por aquella impaciencia que tan oportunamente había invocado.

Cuando llegamos á la plaza de la Soledad, el alférez se detuvo, me miró con expresion significativa, y parecióme que se ponía ligeramente pálido.

—¿Qué es eso? le pregunté.

—¿Vamos á entrar?

—Como usted guste, le respondí riéndome; pero si usted lo exige, nos volveremos.

Pacheco echó el cuerpo hácia adelante, como quien tiene miedo de perder una ocasión, y entró en la casa.

Adelina estaba en el comedor, y al verle, contuvo un grito; la tuerca, que se hallaba en la sala, le divisó también por entre la reja del zaguán, y miró al cielo, no sé si para desahogar su ira con alguna maldición, ó para pedir á Dios que le concediera fuerzas para resistir aquella nueva contrariedad.

Adelina y Félix se dieron las manos sin que sus labios encontraran una palabra para comunicarse según la fórmula social; ni siquiera se atrevieron á mirarse. ¿Para qué?

Comprendiendo yo la crítica situación en que habían de hallarse por el efecto natural de idénticas emociones, pasé de largo, dejándolos solos, y entré en la sala, resignándome á acompañar á doña Casiana, lo que era un verdadero castigo.

Félix y Adelina no tenían más remedio que hablarse, porque no había un tercero que sostuviera la conversacion; por supuesto fué ella quien en esa difícil situación encontró la primera frase: las mujeres son siempre más resueltas y más ricas en recursos que los hombres.

—¿En qué estado tan triste volvemos á encontrarnos! murmuró ella.

—¡Ah! exclamó él, dejando escapar un suspiro; ¡han pasado tantos días y tantos sucesos desde que no nos vemos!

—¿Ha sufrido usted mucho? preguntó Adelina, queriendo aparentar una indiferencia que estaba lejos de su alma.

—Mucho! contestó él casi en el mismo tono. He perdido una pierna.

Aquellas palabras produjeron su efecto; la pobre niña exclamó rápidamente, sin poder contenerse:

—¿Una pierna!.... ¿Y nada más?

Félix la miró fijamente, y ella bajó los ojos.

—¿Ha sido usted muy desgraciada? preguntó el oficial, sin duda para eludir la respuesta que le correspondía dar.

Ella se mordió los labios.

—Mi pregunta es por lo más candorosa, continuó él, pues demasiado sé que ha sufrido usted mucho.

—Mucho! exclamó entonces la joven con marcada intención.

—Va se vé: sin padre, sin marido....

—¿Qué crueldad!

Estas dos palabras apenas vagaron por los labios de Adelina, pues casi no las pronunció; pero como se habían escapado de su corazón, cayeron en él de Félix, produciéndole un violentísimo latido. El oficial se inmutó, y haciendo un esfuerzo para dar nuevo giro á la conversacion, le preguntó con aire de indiferencia:

—¿Ha de cansado usted ya de las fatigas de su viaje?

—Sí, contestó en el mismo tono.

—¿Dios veló por usted, Adelina!

—Y por usted también, Félix!

—Es verdad, contestó él mirando con amargura su pierna mutilada.

La joven se estremeció, comprendiendo la idea del alférez, y se atrevió á preguntarle:

—¿Se ha cerrado la herida?

—¡Todas mis heridas se han cicatrizado con la acción benéfica del tiempo y de la constancia! exclamó el alférez con acento decisivo y mirándola de hito en hito.

Adelina se desconcertó.

La inquietud de Pacheco le hizo comprender que su entrevista no podía prolongarse, y se puso en pie; al ver su decisión de marcharse, me levanté también, muy contento de abandonar la compañía de la tuerca, que no era envidiable.

Félix y Adelina volvieron á darse las manos; ambos las tenían frías; pero aquella frialdad no era efecto de la indiferencia, sino de la existencia del sistema nervioso.

Al poner el pie en la calle, noté que el alférez no andaba de prisa como cuando habíamos salido de casa, y que, por el contrario, se apoyaba con trabajo en las muletas; pero nada quise preguntarle.

XLV.

Al día siguiente, ni el alférez intentó salir de casa, ni me habló de Adelina; su retraimiento y su silencio, que parecían consecuencia de una determinación resuelta, no eran más que la calentura que anunciaba su crisis; y bien pronto pude convencerme de que no me equivocaba.

Veinticuatro horas después, se apareció en nuestra casa mi asistente, que seguía cuidando á la familia de don Gonzalo Casamayor, y aparentando misterio, se acercó al alférez para poner en sus manos un billete, que por su tamaño debía ser muy lacónico; Félix dió un salto, como el que vuelve en sí de una sorpresa, y abrió el papel, que sólo contenía estas palabras:

—Félix: el destino nos ha separado para siempre, haciéndonos infelices. ¿A qué buscarnos? Déjeme usted morir en mi infortunio, sin atormentarme. Suplico á usted que no vuelva á verme. Su desgraciada amiga, *Adelina Casamayor*.

La fisonomía de Pacheco se animó visiblemente, y dirigiéndose á mí, dijo con una sonrisa inefable en los labios:

—Amigo mío, acompañeme usted á casa de Adelina.

—¿A su casa?

—Sí: me llama. Lea usted ese papel.

Pasé la vista por los renglones de la carta, y se la devolví, añadiendo con sorpresa:

—Querido Félix, ó no entiendo el castellano, ó esta carta dice todo lo contrario.

—¿Cá! me llama, y necesito que vayamos ahora mismo.

Me encogí de hombros, y salimos para casa de Adelina, que estaba asomada á la calle por las tabillas de la persiana; entonces me sonreí comprendiendo que mi amigo no había leído en la carta lo que la joven había escrito, sino lo que pensaba al dejar correr la pluma.

Adelina se puso colorada al verme entrar, y permaneció en el corredor como para darme á entender que me cedía un puesto en la sala al lado de la tuerca; y de nuevo me resigné á ser la víctima de una pasión tan extraña.

La joven, sin sentarse, queriendo aparentar una sorpresa que había sido muy esperada, y sin dar la mano al oficial, le preguntó con tono de simulada reconvencción:

—¿No ha recibido usted una carta mía?

—Sí, contestó él sentándose.

—Y sin embargo....

—Pues por eso he venido, acudiendo al llamamiento.

—¿Llamamiento?.... preguntó ella poniéndose encendida como la grana.

—Claro está.

—No comprendo....

—Siendo usted desgraciada, como dice en su carta, necesita de consuelos; y es deber de la amistad....

—¿De la amistad? preguntó ella con resolución.

—¿No le gusta á usted la palabra?

—¡No!

—Entonces....

La voz se ahogó en la garganta del joven, y sus ojos se clavaron en los de ella, que, sin saber lo que hacía, obedeciendo á un impulso de su corazón, tendió su mano derecha, que se encontró con la del joven; y una corriente eléctrica produjo en ambos un sacudimiento que los hizo despertar de su sueño.

—¡Amistad! no! exclamó él. ¡Tienes razon, Adelina!

—Amistad no! repitió ella.

—Entonces.... ¡el amor!....

—El amor! murmuró ella, cubriéndose el rostro con la mano que le quedaba libre.

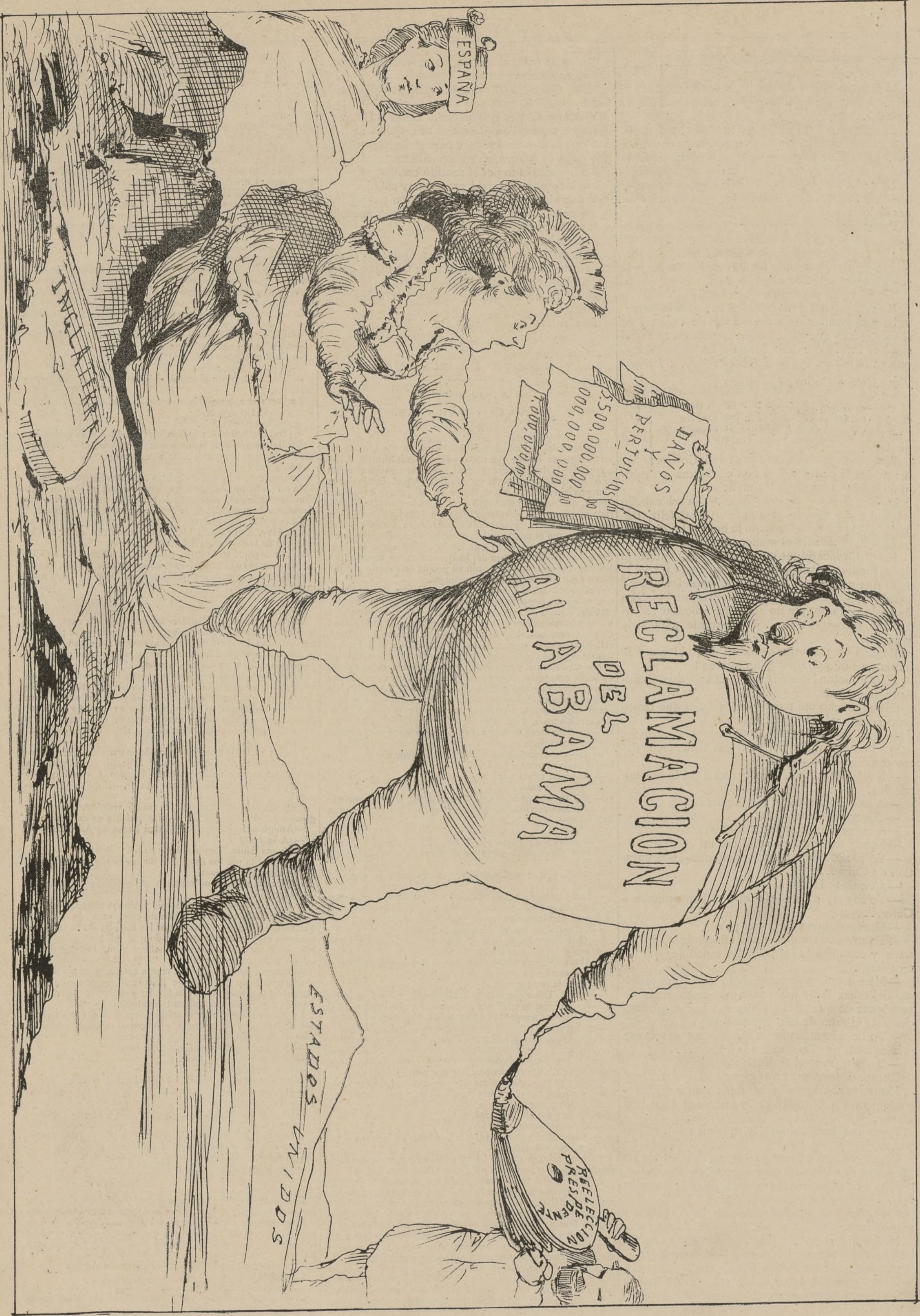
—¿Adelina!

—¿Félix!

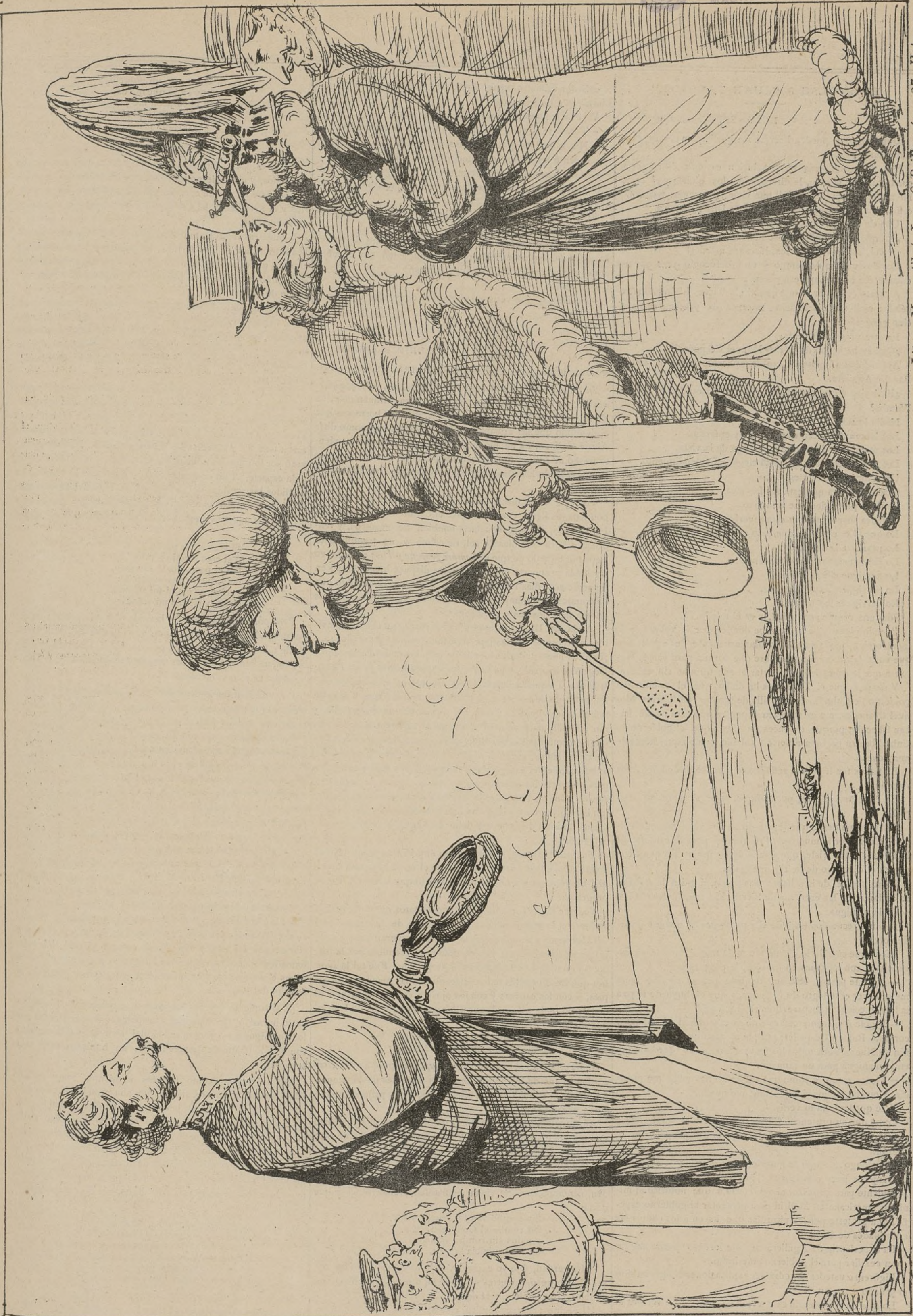
¿Quiere el lector saber más?—Pues tenga paciencia y espere el capítulo siguiente.

(Continuad.)

JUAN SIN-TIERRA.



BRITANIA.—Dios mío! VAYA UN GIGANTE!
ESPAÑA (aparte).—ME ALEGRO PARA CUANDO ME TOQUE LA VEZ.



JUANESKI PALOMOFF PRESENTA SUS RESPETOS A S. A. I.

Litog. Mercantil e Imp. O'Reilly núm. 27. Habana

EPISTOLAS A "JUAN PALOMO."

NUEVA-YORK, 15 DE FEBRERO.

Dos preguntas pueden hacerse sin que haya nadie capaz de contestarlas.

Son dos problemas cuya solución es más difícil que la cuadratura del círculo, la dirección de los globos y el movimiento continuo: más difícil que vivir sin comer, y casi tan difícil como hacer un buen español de Díaz Quintero.

Una de estas preguntas es:

¿En qué punto del globo se halla la república de Cuba?

¡A ver, señores geógrafos, lízcanse ustedes!

Les doy un año de tiempo y un microscopio para que me encuentren en el mapa esa potencia.

Apuesto cualquier cosa á que ni el doctor Livingstone, el célebre explorador del Africa, es capaz de precisar su situación geográfica.

La otra pregunta es esta:

¿Qué se ha hecho de Carlos Manuel Céspedes?

Ahí tienes un misterio tan inexplicable como la sed de Pancho Aguilera.

¿Está vivo ó está muerto ese ilustre descendiente del rey Wamba?

Nadie lo sabe.

Los laborantes dicen que está muy enfermo.

Los mambises dicen que está ciego de la vista.

Los españoles creen que está ciego del entendimiento.

Unos dicen que está en Cuba.

Otros aseguran que está en Jamaica.

Quiénes pretenden que está vivo.

Quiénes sospechan que está muerto.

Lo que sí es cierto es que todo el mundo le persigue.

Lo persigue la desdicha.

Lo persiguen sus remordimientos.

Lo persigue el hambre.

Lo persiguen los voluntarios.

Lo persiguen las tropas.

Sólo una cosa le acompaña, y es el miedo.

Cuando pienso que no se sabe dónde pára la cabeza de la insurrección, me acuerdo involuntariamente de aquel loco que cortó la cabeza á un hombre que dormía para ver la sorpresa que le causaría al despertarse sin cabeza.

Y después que el *Times* nos ha dicho que el asiento del gobierno de Cuba libre es la silla de montar de Carlos Manuel Céspedes, me extremezco al pensar que este puede haber fallecido; porque entonces es claro que el gobierno de Cuba libre se paseaba muerto á caballo, como aquel héroe de una novela.

Evitemos tan lúgubres reflexiones y pensemos en algo más risueño.

En Pancho Aguilera, por ejemplo, que siempre está aleguillo.

Ah! pero no desde que le han dicho que se disponga á volver á Cuba, por si muere el Presidente; porque esta noticia lo ha puesto tan triste, que con la figura quiétesca que tiene parece el caballero de la Triste Figura.

Capaz sería él de ir á hacer penitencia, á guisa de caballero andante, en las entrañas de Sierra Morena, ántes de volver á la manigua.

¡Buenos recuerdos trajo de ella para que le queden ganas de volver!

Dicen que cuando le dieron tan mala nueva llamó á su es- cuderio y, con lágrimas en los ojos, le preguntó:

—¿Qué te parece, Ramon, de este percance? ¿No fuera mejor hacer el milagro de Mahoma, y que en lugar de ir yo á la insurrección, la insurrección viniera á mí?

—Dígole á vuesamerced que no es tan difícil el milagro, contestó Ramon Céspedes; porque al paso que vamos, estarán en Nueva York todos los insurrectos y no quedará uno en la manigua para un remedio.

—Tienes razón, y como que allí ya no hay nada que presidir, y mucho menos vice-presidir, me quedo.

Y se quedará, ya lo verás.

Como que su presencia es hoy muy necesaria aquí, desde que Mr. Wilson ha presentado al Senado una proposición... celestial.

—Propongo... que se autorice á la Comisión de Negocios Extranjeros para autorizar al Senado á dar autorización al Presidente para autorizar al Secretario á que autorice al ministro americano en Madrid para presentar al gobierno español una protesta por las picardías que hacen á los chinos las autoridades de Cuba.

La experiencia de Aguilera en este asunto puede ser un gran auxiliar para el gobierno americano.

Figúrense ustedes si podría dar explicaciones él, que ha sido engañado como un chino.

Lo que no comprendo es por qué ha sido Mr. Wilson el que ha presentado esta proposición.

¡Si será chino!

Por fuerza debe ser un poco chino.

Yo quisiera ser ministro de Estado cuando viniese el embajador americano con semejante enlatada.

Porque esto sí que es una enlatada con todas sus campañillas.

Como si dijéramos: una embajada chinesca.

—Señor ministro, vengo á decir á usted de parte de mi gobierno que protestamos.

Y yo le contestaría con mucha tranquilidad:

—Toma! ya lo sé: como que son ustedes protestantes.

—Nó, señor: es que protestamos contra las tunanterías que hacen á los chinos las autoridades de Cuba.

—¿Que hacen á quién? preguntaría yo arrugando el entrecejo y poniéndome la mano detrás de la oreja para oír mejor.

—A los chinos.

Entonces es cuando yo me molestaba y llamaba al introductor de embajadores.

—Venga usted acá, señor borrico. ¿Así es como desempeña usted sus funciones? No me ha dicho usted que el señor era el embajador de los Estados Unidos?

—Sí señor.

—So animal, ¿no vé usted que es el embajador de China?

JOHN BULL.

MADRID, 28 DE ENERO.

NIEVES, BORRASCAS, TEMPESTADES Y OTRAS MENUDECIAS.

In diebus illis, queridísimo JUAN PALOMO, ó lo que es lo mismo, en los días que han pasado ahora últimamente, ha habido aquí en Madrid una de lluvias, nieves y borrascas que el demonio que las aguante; y para *co-ho-nestar*, como diría Alcalá Galiano, ha habido también de vez en cuando un viento fresco de bolina, que llaman los náuticos, con el cual nos hemos soplado las uñas de gusto nosotros los hombres de la tierra.

Yo tenía esperanzas de que cuando llegaran los trabajos políticos, es decir, cuando llegase el día de la reapertura del Parlamento, Dios se apiadara también de nosotros, y tendríamos hermosos días de sol, de calma y de tranquilidad. Pero por aquello de que el *hombre propone y Dios dispone*, yo me había propuesto una cosa y Dios dispuso luego otra; y en lugar de esos días lucidos que me prometía, ha habido una de truenos, de relámpagos y de lluvias, que todos nos hemos puesto caladitos como unas sopas.

¡Anda con Dios! que esas y otras cosas mucho más terribles merecemos quizás por nuestras culpas y pecados....

¡Bonitos han estado los días de la reapertura del Parlamento! Dos sólos han sido, y ya te aseguro, queridísimo JUAN PALOMO, que si siquiera llegan á tres ó cuatro, yo no sé lo que hubiera sido de nosotros. El primero empezó con viento de bolina y acabó con huracán: los elementos se desencadenaron y los diputados también, que estos señores no quisieron estar en contraposición con la naturaleza. Después de la lluvia de las calles, empezó, el día 22, que era el día señalado, la borrasca en el Congreso; y ya te digo y te repito que hubo para chuparse los dedos de gusto. El Sr. Presidente del Consejo de ministros comenzó la función leyendo el programa del ministerio, en cuyo programa había, en el terreno de las promesas, todo lo que puede y debe satisfacer al receloso más exigente.

Mas por las señas, parece que ni siquiera un alma piadosa y caritativa quiso enterarse de lo que el señor Sagasta decía, ni á ninguno parece que le interesaba lo que había allí en su programa. Yo, que debía ser uno de los pocos tontos que asistían á la sesión con la intención sana de enterarme de los propósitos del Gobierno y de tomar parte en sus esperanzas, si eran justas y fundadas, fui penosamente sorprendido por la tormenta que siguió á la lectura del programa. Fué tal la zambra que los diputados todos armaron con las manos y con los pies, y con las cabezas y con los ojos y con la boca, que al oírlos, no pude menos de recordar aquellos versos de Iriarte, que dicen:

El dale que le das á los zapatos,
y alternando silbábamos á ratos.

Y desesperado al ver aquel *exabrupto*, empecé á gritar, recordando uno de los buenos oradores franceses de la montaña, desde la tribuna en que estaba: —Señores, primero es salvarse y luego es discutir.

Afortunadamente, el rebullicio que había en el salón hizo que mi voz no llegase á los oídos del Presidente, que en otro caso, sabe Dios á dónde me hubiera llevado mi entusiasmo. Un vecino que estaba sentado junto á mí en la tribuna y que debía ser socarrón, hasta dejárselo de sobra, me llamó al orden, cantando con una visita mefistofélica una canción que decía:

Sin rumbo van los partidos,
sin rumbo el Congreso vá;
y todos sin rumbo vamos
de cabeza hácia la mar.

—Es verdad, dije yo excitado, y de hoy más juro no volver al Congreso, mientras sepa que aquí no hay quien se ocupe de la cosa pública, y sí de la cosa particular.

Mi vecino entonces replicó, cantando otra canción que decía:

No quiero, mamita,
volver al Congreso,
porque estos señores,
como son tan tercios,
en cuestiones tontas
malgastan el tiempo,
y jamás se acuerdan
del bien de los pueblos....

y como soy un pobrete,
yo no sé lo que me dá,
que el corazón me palpita
y me hace tipi-tipi-tá
ja-ja ja
tipi-tipi-tá
tipi-tá.

Al oír esto, salí escapado, y conmigo la mayor parte de los diputados, y el Gobierno también, que había hecho cuestión de Gabinete no sé qué cuestión de etiqueta entre los secretarios y el Presidente del Congreso, y que había sido vencido en la votación.

Y mientras tanto las nubes seguían echando agua y las calles intransitables. Por fortuna, los ministros tienen coche, y algunos diputados también; que en otro caso, yo no sé cómo se las hubieran arreglado para ir de aquí para allá como zarcerete de brujas.

El día siguiente de sesión, 24 por más señas, amaneció sereno, al parecer, sin embargo de que los más inteligentes avisaban que no concluiría sin lluvias y tempestades. Desde mucho ántes de la hora de la sesión los escaños del Congreso estaban todos ocupados y las tribunas también y todos los alrededores del edificio.

Yo, á fuer de curioso impertinente, había madrugado mucho y me había colocado en sitio desde donde podía apreciarlo y verlo todo á mi satisfacción y á mi gusto. Mientras el Presidente abría ó nó la sesión, comenzó el cabiideo y comenzaron también á correrse los dimes y diretes. El trabajo empezó por lo fino: hubo halagos, promesas y excitaciones de toda especie. A un ex-poeta unionista, que por lo visto no ha perdido los resabios del antiguo oficio, le oí hablar con mucho énfasis á varios cimbrios recalitrantes, y me parece que les recitaba aquellos magníficos versos del teatro antiguo que dicen:

Si eres oveja perdida,
ó si eres alcon en celo,
ten el paso, abate el vuelo,
no á dueño pases extraño:
vuelve, oveja, á mi rebaño;
alcon, vuelve á mi señuelo.

Pero por lo que advertí, ni las ovejas querían volver al rebaño, ni el alcon al señuelo, porque ví que el ex-poeta variaba de tono, y de los halagos pasaba á las amenazas y á las recriminaciones, á las cuales contestaban los otros con recriminaciones y con amenazas.

La confusión iba aumentando en todos sentidos, y el Presidente entonces creyó conveniente abrir la sesión á ver si en el terreno oficial y formal podían templarse los ánimos.

La campanilla sonó con fuerza y.... ¡aquí te quiero ver, escopeta! los diputados tuvieron que estrecharse para que todos cupiesen, y las tribunas se agitaron en fieros murmullos, cuyos ecos pasaron á los pórticos, comunicándose de grupo en grupo hasta la puerta del Sol. Ya se había corrido la voz de que el decreto de disolución de las Cámaras estaba en el bolsillo del presidente del Consejo de ministros, y así lo dió á conocer el mismo Sr. Sagasta apenas comenzó á leerse el acta de la sesión anterior. Pero sucedió, así que todos se convencieron de ello, que cada uno de por sí dijo para su capote aquello de: *Para lo que he de estar en este convento, etc....* Y en efecto, todos se propusieron llenar de miseria el santuario de las leyes por dentro. ¡Válgame Dios, mis queridos lectores de JUAN PALOMO, lo que allí ví! Más de veinte diputados pidieron la palabra á la vez sobre el acta y con ocasión del acta, y aun cuando ninguno habló del acta, todos impidieron por aquel medio que en el espacio de cinco horas el señor Sagasta pudiera leer su decreto, es decir, el decreto del Rey.

Y si supieran ustedes las cosas que pasaron en aquellas cinco horas! Yo les aseguro á ustedes que, preparadas por los enemigos más encarnizados del sistema parlamentario con el sólo objeto de desacreditarlo, no hubieran sido más terribles.

Allí hubo puños como mientes y mientes como puños. Allí hubo muchísimos Catilinas que abusaron de la paciencia de Cicerón. Allí hubo un jefe muy formal de un partido muy repetable, que se entretuvo sólo en hacer la caricatura de otros dos jefes, de otros dos partidos muy respetables también. Allí hubo muchos escándalos con la campanilla del presidente, que se hizo mil pedazos, destrozándose de camino la mano del que la tocaba. Allí hubo lo que no hay comunmente en una casa de vecindad. Allí hubo, en fin, concretando todo lo que hubo,

provocación, insultos, improprios,
injurias y sarcasmos y diatribas,
ironías y ultrajes é invectivas,
denuestos, contumelias y dicterios,
y otras atrocidades que no cuento,
porque no digan que exagero y miento.

Yo, á la verdad, estaba asustado: no podía figurarme aquello, ni podía calcular en qué pararían aquellas misas. Entre los que pidieron la palabra, la pidieron también Nocedal y Estéban Collantes, los dos jefes respectivamente de los partidos carlista y moderado alfonsino; y aun cuando muy poco pudo sacarse en limpio de lo que dijeron, como muy poco pudo sacarse de todo lo que dijeron todos los demás, por el bullicio que iba siempre en aumento, sin embargo, yo juraría que les oí decir á duo, señalando hácia los bancos de los ra-

dicales, de los ministeriales y de los republicanos:—Unos locos y otros bobos, y necios todos....

Durante un gran rato me estuve devanando los sesos calculando en qué pararía aquel Belen. Yo me acordaba de que cuando entré en el Congreso el sol estaba brillante y el día magnífico, lo cual me hacía pensar que lo que era aquel día el termómetro no coincidía con el estado tormentoso de los ánimos políticos, y ni aún siquiera me quedaba la esperanza de que una buena lluvia calmara la fermentación de las pasiones. Pensando estaba en todo esto, cuando el Presidente, después de haberse destrozado la mano derecha, dió un camparillazo con la izquierda, y en seguida ¡cataplum! sonó un zambombazo que á mí, francamente, me pareció un tiro disparado por un cañon Armstrong.... ¡Ya se armó! exclamé dando un salto; y lo mismo creo que dijeron también casi todos los diputados; y la sorpresa que siguió á esta exclamación hizo que se apaciguara un poco el tumulto; y durante ese rato aprovecharon la ocasión el Presidente, los Secretarios y el Gobierno, se aprobó el acta del día anterior y se leyó el decreto de disolución de las Cámaras.

Yo salí escapado, deseoso de enterarme de lo que pasaba en la calle; asomé con mucho cuidado las narices á la puerta, después de las narices asomé los ojos, y por último, saqué todo el cuerpo, y.... en efecto, no ví nada. Por no ver nada no ví ni un alma siquiera; la calle estaba desierta, pero en cambio, estaba inundada de agua. El trueno gordo que nos había asustado tanto á los diputados y á mí no había sido un cañonazo, sino un trueno que habían largado las nubes al mismo tiempo que se abrían para dar paso á un nuevo diluvio.

Y miren ustedes qué demontres, por el pronto se acabó el sainete con la lluvia aquella. Las Cortes se han cerrado, el Gobierno sigue impertérrito; quizás tenga ocasión de hacer por sí sólo lo que no ha podido hacer con el concurso de las Cámaras; quizás pueda conjurar las tormentas que le preparan las oposiciones todas unidas, y quizás quizás, adopte medidas eficaces para que se pueda acabar con la insurrección en esa.

Lo que sí hay de cierto es que desde que las Cámaras se cerraron, el tiempo se vá asegurando en bonanza y todos nos estamos preparando para los grandes bailes de máscaras que se anuncian.

M. HIRALDEZ DE ACOSTA.

BOCETOS A LA PLUMA.

DON CRISTÓBAL MARTÍN DE HERRERA.

El telégrafo acaba de traernos la noticia de la elevación al ministerio de Ultramar de este importante hombre público, que tan principal papel ha jugado en la última crisis política.

JUAN PALOMO tenía muchos deseos de dar á conocer á sus lectores al vice-presidente de las últimas Cortes, y en ninguna ocasión mejor que esta en que tanto ha sonado su nombre por ser (perdónese me la palabra, que es atrevida tratándose de un personaje serio y digno) el que sirvió de *mingo* en la partida que los radicales han ganado al ministerio. Aunque á decir verdad, han jugado al gana pierde, pues perdiendo han salido con la disolución de las Cortes.

Don Cristóbal Martín de Herrera fué el candidato que presentaba el Gobierno, enfrente de Ruiz Zorrilla, en la elección de Presidente de la Cámara popular, y para que ustedes lo sepan, el Sr. Martín de Herrera es uno de los más dignos representantes que ha tenido el foro español en las Cortes que acaban de aparecer de la escena, y también de las Constituyentes.

La provincia de Salamanca ha representado en uno y otro Congreso, y de aquella célebre Universidad, cuna en otro tiempo del saber humano, salió abogado cuando apenas contaba veintinueve años, y poco después era una celebridad forense.

Sus primeros ensayos en la abogacía los hizo en el juzgado de Vitigudino, y buscando luego un estudio más vasto, se trasladó á Madrid á fines de 1854, y al mismo tiempo que cursó el año del doctorado, cuya investidura recibió, continuó en el ejercicio de su profesión con extraordinario éxito.

Desde entonces es muy conocido en el foro madrileño, habiendo obtenido varias veces el nombramiento de vicepresidente de la Academia de Jurisprudencia. Sus mejores trabajos forenses han sido, sin duda, el informe oral en defensa de Manuel López Martín, en una famosa causa de parricidio, y en materia civil el informe ante el Consejo de Estado, en Abril de 1868, sobre el famoso pleito de la fosforita de Logrosau.

En 1858 inauguró su vida política, presentándose candidato ministerial á la diputación por el distrito de Vitigudino, que le eligió por una gran mayoría, siendo uno de los secretarios de edad en la primera legislatura de aquellas Cortes.

Su primer discurso lo pronunció el 26 de Enero de 1859, combatiendo á la comisión de actas, y en él demostró ya independencia y amor á la justicia.

Cuando en la legislatura de 1861 el Sr. Ríos Rosas hizo su interpelación sobre política interior, acusando al ministerio O'Donnell por su defección al programa de Unión liberal y echando los cimientos de la disidencia, Martín Herrera tomó parte en el debate y su discurso fué uno de los más enérgicos que se pronunciaron contra el ministerio. Desde entonces siguió constantemente en las filas de la fracción disidente; es decir, unido á Ríos Rosas con estrechos lazos políticos.

Derrocado el ministerio de los cinco años, apoyó desde la tracción disidente al de Miraflores.

Por segunda vez fué elegido diputado independiente por Vitigudino, y en la legislatura de 1863 votó todas las soluciones conformes á las doctrinas de la disidencia, que eran las inspiradas por Ríos Rosas.

Tercera vez elegido diputado por el mismo distrito para las Cortes de 1864 á 65, como candidato de oposición á la administración moderada, la combatió enérgicamente, siendo su principal discurso el que pronunció el 10 de Marzo de 1865 sobre el proyecto de negociación de billetes hipotecarios presentado por el ministro Castro.

Por efecto de la insurrección militar de Enero de 1866 y por las exigencias de la Corte, O'Donnell cambió de política y presentó los proyectos reaccionarios de imprenta y asociaciones, y entonces Martín de Herrera inauguró la reaparición de la disidencia con un discurso de oposición sobre la ley que fijaba la fuerza del ejército.

Firmó la protesta al trono de 28 de Diciembre de 1866, contra las transgresiones constitucionales y desafueros del gobierno, protesta que, lanzando á la Unión liberal al retraimiento y á la revolución, debe considerarse como el origen y base del alzamiento de Cádiz. Habiendo sido uno de los encargados de presentar la protesta, como vicepresidente que era del Congreso, en unión con Ríos Rosas, don Pedro Salaverri, don José Fernández de la Hoz y don Mauricio López Roberts, fué encarcelado con sus compañeros en las prisiones militares de San Francisco en la misma noche del 28, de donde se le condujo con Fernández de la Hoz y Roberts á Cádiz en la noche del 29, habiendo permanecido allí con ellos ocho días en el castillo de San Sebastian en un calabozo insalubre, para ser luego deportado á Canarias, volviendo de la deportación en Abril de 1867.

Desde entonces se consagró en Madrid al ejercicio de su profesión, hasta la revolución de Setiembre, y en el año y medio que trascurrió de esta manera elevó considerablemente su posición de abogado.

Después de la revolución, sin abandonar el foro, donde ha tenido siempre la base de su posición social, auxilió al Gobierno provisional en importantes comisiones gratuitas; y al convocarse las Cortes Constituyentes, la provincia de Salamanca lo eligió por quinta vez diputado.

Entre las muchas discusiones en que ha tomado parte, merece especial mención la referente á la ley del notariado, cuyos largos debates puede decirse que sostuvo sólo en el Congreso, obteniendo la admisión de muchas enmiendas, que, sin duda, mejoran la ley.

También inició y sostuvo la reforma de la ley de instrucción pública, respecto á las profesiones médicas, y la proposición en que formuló sus ideas ha merecido elevarse á derecho, que hoy mismo se está ejecutando por decreto del gobierno.

Sus merecimientos y su consecuencia política le llevaron á ocupar el ministerio de Gracia y Justicia, en reemplazo del Sr. Romero Ortiz. Como ministro responsable, creyó oportuno introducir alguna reforma en la magistratura, para lo cual expidió un decreto que tuvo la desgracia de no ser bien recibido, dando ocasión en la Cámara á un voto de censura, que discutido ampliamente por los primeros oradores en la tempestuosa sesión del 7 de Julio de 1869, fué desechado por una gran mayoría. Sin embargo de este triunfo, Martín Herrera no creyó conveniente seguir en el Ministerio y abandonó tan importante cargo.

Al inaugurar sus sesiones las Cortes que acaban de disolverse, fué presentado como candidato ministerial para la primera vicepresidencia, dándose el raro caso de que las oposiciones le dieron su voto. ¡Esas mismas oposiciones, los mismos hombres que le han hecho ahora sufrir una derrota!

Martín de Herrera no hace nada en política que no se suponga desde luego que lleva la sanción del gran tribuno Ríos Rosas: es su representante más legítimo en todos los actos de la vida pública.

Por eso el haber aceptado la cartera de Ultramar, tiene una gran significación y marca indudablemente la actitud benévola en que Ríos Rosas se ha colocado respecto á la situación actual y á la dinastía.

Martín de Herrera tiene 41 años no cumplidos, pues nació el 28 de Marzo de 1831 en Aldeavilla de la Ribera, partido judicial de Vitigudino, provincia de Salamanca. Sus padres eran unos honrados y bien acomodados labradores. Está casado con una hija de nuestro inolvidable amigo el poeta Camprodon.

Sabido es que JUAN PALOMO prescinde en sus bocetos de las opiniones políticas de los originales. Estudia al hombre y lo pinta como es en sí, sin dejarse llevar de ningún género de pasión mezquina.

Por eso puede decir, sin temor alguno, que Martín Herrera es un diputado celoso por el bien de su país, puro en sus intenciones, consecuente en sus ideas y decidido siempre á defenderlas, sin miedo al poder ni tampoco á la impopularidad, no habiendo sido jamás ni cortesano del rey ni adúlador del pueblo.

Las Antillas pueden esperar mucho de su ilustrada administración y entereza de carácter.

JUAN CUALQUIERA.

CARTAS TEATRALES.

DECIMA QUINTA.

SR. D. JUAN ELO.—MADRID.—De una semana á otra, de la anterior á la presente, han aparecido dos nuevos artistas, á los que tengo el deber de elogiar.

Y digo que han aparecido de nuevo, aunque ya eran antiguos conocidos nuestros, porque la verdad es que hasta ahora habían tenido oculto, y si no oculto algo velado, todo lo que valen.

Me refiero á Mari y Maffei.

El primero en *Belisario* y el segundo en *Don Pasquale*, han subido, á los ojos de los aficionados, algunos peldaños en la escalera artística; y sin embargo, esas dos óperas han pasado desapercibidas.

¿Por qué causa?

Las dos llevan al frente el nombre de Donizetti, y este nombre, por sí sólo, es prenda segura de éxito: ambas, una al lado de la otra, forman un contraste altamente lisonjero para su autor, y dan la medida del vasto talento del siempre inspirado compositor.

En *Don Pasquale* brota carcajadas la lira de Donizetti; en *Belisario* salen de sus cuerdas lamentos sublimes de dolor, frases llenas de ardor guerrero; y en tan distintos géneros brilla siempre á grande altura el génio del inolvidable músico.

Tengo el capricho de que me gusta *Don Pasquale*, separándome en esto de la opinión general del público habanero, que mira con tanto desden la tal ópera.

Comprendo en parte la razón en que se funda este parecer: hay en ella cierta languidez, carece de grandes efectos, y sobre todo, es desairado para los artistas salir á cantar de levita y sombrero de copa alta; pero en cambio tiene melodías muy bellas y primores de instrumentación, que más se saborean cuanto más se oye la partitura.

En cuanto á la ejecución, ya empecé á decirte que á Maffei lo he encontrado en esta ópera más artista que en ninguna de las anteriores.

Ha prescindido de sus habituales exageraciones; y ha hecho un tipo lleno de gracia. Indudablemente, la cuerda de Maffei es el género bufo, y acabará por ser un buen caricato.

No es *Don Pasquale* la ópera que ha contribuido á que siga en aumento la ya bien cimentada fama de la Daltí. Esto, caro Juan, te lo digo muy en confianza. No señor, no es la Daltí de otras veces la que representa el papel de Norini: quizás ha estudiado poco la obra; quizás no es muy de su gusto y por eso no ha fijado en ella gran cosa su atención; lo cierto es que no le proporcionará las ovaciones á que está acostumbrada, y eso que *L'éclet de rire* que introdujo en el final, le valió uno de esos aplausos que ella sabe arrancar.

Sparapani, bien, como siempre; Vidal, mejor que otras veces; la serenata la dijo muy bien y obtuvo los honores de la repetición.

El coro... de lo que no hay: si quieres dormir tranquilo, cuando te acuerdes del coro de mujeres de Tacon, cierra los ojos y tápate los oídos para no ver ni oír.

Me ocurre una duda siempre que veo aparecer á las coristas. ¿Habrá un tercer sexo que no sea el bello ni el fuerte?

Le toca su turno á *Belisario*. Eligió Mari esta ópera para su beneficio, y sea por deferencia al beneficiado ó por el deseo que manifiesta de que los espectáculos líricos tengan el mayor brillo posible, se encargó Tamberlick de una parte que no le corresponde, porque para su mérito, es secundaria y no tiene lucimiento alguno. Pero como Tamberlick se lo dá á todos los papeles aunque carezcan de él, lució en *Belisario* como siempre luce.

Mari se ha crecido mucho en esta ópera. Se ha olvidado de que tiene una voz que atruena, acordándose tan sólo de imprimir sentimiento á la frase y lo ha conseguido. El duo del segundo acto lo dijo de una manera notable, y el público, agradablemente sorprendido con el cambio operado en este artista, lo aplaudió con entusiasmo y le regaló coronas, flores y hasta alguna halajita, según pude divisar desde el apartado rincón donde me escondo para ver los espectáculos.

Y no te digo más de *Belisario*, porque estoy ocupadísimo esperando al príncipe Alejo, y de tanto esperar me he olvidado de los demás que tomaron parte en la representación.

¡Para que tú veas!....

JUAN PARTICULAR.

SARTENAZOS.

¡Pum! ¡Pum!

—Oye usted, compañero? son cañonazos. ¿Será la llegada del príncipe ruso?

—No, hombre; es nuestro vecino don Crispulo que le está pegando á su mujer.

—Pues me alegro, porque todavía no me la acabado el sastre el frac.

¡A danzar! ¡A danzar!

Hoy, domingo, habrá baile de *Vieja*, pero sin viejas, en el teatro de Tacon, que en concurrencia y alegría ha de competir con los anteriores del Carnaval.

El que quiera convencerse, acuda esta noche al gran coliseo y verá un baile de tente bonete.

En el último número que recibimos de *El Pueblo*, periódico laborante de Nueva York, leemos lo siguiente:

"El propietario, editor, redactor, repartidor y cobrador de este periódico, estuvo enfermo la semana pasada. Eso explica satisfactoriamente el motivo de haberse suspendido hasta hoy su publicación."

¡Y tan satisfactoriamente como lo explica!

Lo que no explica es que se llame *El Pueblo* un periódico cuyo director, editor, redactores, administradores, repartidores, cobradores, etc., se reducen á una sola persona.

A ese sí que le convendría el nombre de JUAN PALOMO, porque él se lo guisa y él se lo come.

Apostamos á que también el director es el único suscriptor que tiene?

En este caso, no le costará mucho trabajo el repartirlo y el cobrar las suscripciones.

De hoy más, no debe llamarse *El Pueblo*, sino *El José María Céspedes*.

Asegura un periódico, y yo me regocijo con la noticia, que el ministerio Sagasta tiene el proyecto decidido de reconciliarse con Pío IX.

Aplaudo la reverente piedad del ministerio, y la determinación de sentar sobre bases sólidas la religión en España.

Pero cuando haya cumplido con tan sagrado deber, sería de desear que tuviera también el decidido proyecto de nivelar el presupuesto de la nación, á fin de sentar sobre bases sólidas el crédito español.

Lo primero me regocija como fiel creyente; lo segundo calmaría mis deseos de fiel pagano.

El diputado Zenon dice en su estribillo eterno, que él le hace á todo gobierno consecuente oposición.

Y no afirma una patraña Zenon, cuando dice esto, que él siempre está por lo opuesto de lo que convenga á España.

MAXIMAS BIENAVENTURANZAS.

Bienaventurados los tuertos, porque sólo ven el mundo por un agujero.

Bienaventurados los ciegos, porque no pueden verlo por ninguno.

Bienaventurados los que no leen ni escriben, porque se ahorran muchos quebraderos de cabeza.

Bienaventurados los que ya han muerto, porque no tienen que llorar con nosotros.

Bienaventurados los que nacerán después, porque se reirán á costa nuestra.

Bienaventurados los mancos, porque no pueden hacer todo el daño que quisieran.

Bienaventurados los cojos, porque su cojera les libra de muchos compromisos.

Bienaventurados los tontos, porque son reyes por lo irresponsables.

El periódico local de Villacorta tuvo un serio percance; dos de sus cuatro planas se hicieron un paste.

Lo siento ántes que todo, y después me escamo.

Porque el día en que los *posteles* empiecen á abundar en el periodismo, nos vá á llevar pateta.

¡Mucho cuidado, señores tipógrafos!

Hace pocos días murió en las calles de París el conde Laredan, de resultas de una chimenea que le cayó en la cabeza, y el suceso ha llamado la atención por la extraña coincidencia de haber muerto su padre del mismo modo en 1830.

Los diarios de Madrid anuncian que acaba de salir á luz el tomo primero de la biblioteca de la familia, que con el título de *Cuentos de Salom*, anunciaron los populares escritores Guerrero y Frontaura; y por cierto que era grande la impaciencia que había por conocer esos afortunados libros; grandes elogios hacen los diarios de la novela *Una perla en el fango*, de Teodoro Guerrero, que llena el tomo, y se creía que no pasaría una semana sin que el público hubiera arrebatado la edición, lo cual no nos sorprende.

En el correo próximo se recibirán los tomos de *Cuentos de Salom* que tiene pedidos *La Propaganda Literaria*, y los repartirá á los muchos suscriptores que han acudido en busca de ellos.

Leo en un periódico que el camino que conduce al Vaticano, morada del Papa, está siempre cuajado de gente.

En cambio, por el camino del Quirinal, adonde mora Víctor Manuel, no pasa "ni un alma."

¡Ni un alma!

Nada, por ese camino todos los que pasan son cuerpoa.

El regalo de Pascuas del emperador Guillermo al príncipe Bismarck fué un castillo llamado *Schwartz Schloss*. Tiene, pues, doce vocales y trece consonantes, y vale un millón de *thalers*, sobre \$750,00.

SOLUCION AL LOGOGRIFO DEL NUMERO ANTERIOR.

Entre las tres soluciones que hemos recibido al logogrifo del número anterior, es la más completa la siguiente, y por eso le damos preferencia:

Trompeta es tu logogrifo,
y con la palabra formas
las varias combinaciones
que voy á escribir ahora.
La *tocaya* es una *Petra*;
lo que llevamos, la *ropa*;
Roma, el licor no muy sano;
divisa, con *mote* nombras,
Tato el torero, y *amor*
el chiquillo que retoza;
Treta la astucia, y el *metro*,
medida.—*Temor* es cosa
de miedo, que inspira *Marte*,
cuando este oficial asoma
al frente de un regimiento
haciendo sonar la *trompa*.
Mora es fruta.... hasta prohibida,
y una gran ciudad es *Roma*.
Mar, elemento; *Te*, letra;
rota es igual que derrota.
Tropa es ejército, y *teta*,
es lo que el chiquillo toma.
Peña, otra fruta, y el *tema*
es manía, en igual forma
que es *un arte* el bello sexo,
á quien el barbudo explota;
con lo cual remato el cuento,
y aquí paz y después gloria.

B. D.

Además, han acertado el logogrifo don Manuel Zagalés; La Pata de Cabra; José Roig.... y pare usted de contar.

Un individuo, al parecer laborante, entró el otro día en una tienda de la calle de O'Reilly pidiendo quince varas de tela de luto para que su mujer se hiciera un vestido.

Cuando fué á pagarlo, exclamó:

—¡Ah! qué cabeza la mía! no me dé usted más que la mitad de la tela, siete varas y media, porque mi mujer se vá á poner ya de medio luto.

Efectivamente, Olózaga ha hecho dimisión de la embajada de París, fundándola en que no le alcanza el sueldo después de la rebaja que le han hecho.

Canario! pues á mí que no me digan, eso es declararse en huelga, pidiendo aumento de jornal.

Es decir, ni más ni menos, lo que hacen los tejedores, sastres y demás operarios.

Mas reflexionemos.

Olózaga deja el empleo, porque no puede vivir con el sueldo que le dan....

Y al quedar cesante pierde toda la paga.

¿Y entonces sí que podrá vivir....?

¡Me confundo! Me confundo!

VERSITOS.

Un cocodrilo, un oso y un cordero,
una leona, un tigre y una hiena,
tuvieron hace poco un baile fiero
donde faltó la cena.

Hambriento el tigre, dijo: "Agarra, agarra,"
y echó al cordero la tremenda garra.
La leona con ímpetu furioso
se merendó la hiena y luego el oso.
Mas con la indignación ¡pobre leona!
dejó esta *vita bona*.

¿Y el cocodrilo....? ¡Cielos, qué cisma!
¡se merendó á sí mismo!

Cuando sepa Carlos Manuel que un insurrecto de Laredan, indultado oportunamente, ha llegado á ser diputado de la nación y tomado asiento entre los legisladores de la patria, se vá á morir de envidia.

Blanco y Sosa se llama el diputado portorriqueño, que no vale más que Carlos Manuel, por la cuenta que voy sacando.

A este paso, pronto podremos decir con el sacristán:—Todos somos de misa.

SOLUCION A LA CHARADA RECITADA.

Si es tu primera una *K*
y forma número griego,
que la tertia dice *ve*
lo comprenderá el más lego.
Nota de afinar es *la*
y es una letra la *re*
por lo que fácil será
usarla al poner *usté*.
Ilustre apellido *Lara*
da combinación primera,
y hasta á formar me atreviera
con primera y cuarta *gara*.
Y creo con fé sincera,
salvo yerro ú omisión,
que has tenido la intención
de coordinar *Calavera*.

ISIDORO R. CAERERA.

Además, la han acertado don Manuel Zagalés; José Roig; La Pata de Cabra; Rufó, de Cienfuegos; Arturo; Marcé; de Lagunilla; Manuel Rendon y N. Pereira, de Pinar del Río.

Y, desengañense ustedes, no ha habido más gente lista.

Hé aquí un anuncio que trae el *Times* de Londres:

"Al jóven de Coventry-Street, que desde su balcon me mira todos los días cuando me visto, le advierto que si continúa, acudiré á los tribunales para que le obliguen á casarse conmigo.—Ana."

Si esto parece mentira!

Vamos, lo creo, porque no me queda más recurso que creerlo ó reventar, pero repito que parece mentira.

Figúrense ustedes que unos cuantos millones de franceses se proponen librar á su patria de hulanos, recolectando por su cuenta é iniciativa el dinero para pagar el resto de la indemnización de guerra. Figúrense ustedes esto y aplaudan, porque la cosa merece aplauso.

En seguida figúrense á un ministro llamado Mr. Remusat, que se opone á la idea, que la desecha oficialmente, que no quiere ver á Francia libre de la calamidad que la aflige, sólo por.... ¡si no lo creo! sólo por no dar un disgusto á Prusia, pagándola adelantado y haciéndole retirar sus tropas.

Figúrense ustedes esto, y silben, porque la cosa es digna de una silba.

CAMELO.

Se enamoró la luna seriamente
de un buen mozo, elegante, fresco y rubio,
y á fin de agasajarlo dignamente,
en una carta le mandó el diluvio.
Abrió el galán la carta, y enterado,
exclamó con acento duro y breve:
—¡Maldita luna, y lo que me ha mandado!—
tiró el regalo, y desde entonces llueve.

Dicen que es asombroso el número de piezas de tela que se han vendido estos días en los almacenes para los atavíos del bello sexo en las fiestas del príncipe ruso.

Estoy seguro de que si el príncipe ruso se hubiera enterado de esto con tiempo, releva á las mujeres de esos gastos, porque, está claro! lo mismo en Rusia que aquí, cuanto más ligeritas de ropa las mujeres, mejor.

El príncipe Czartorisky se ha casado en París.

Pues señor, buen provechito!

El día de su boda gastó en flores veinte mil francos.

¡Caspitina! Se conoce que ha querido obsequiar á la mujer por el olfato.

¡Qué casamiento tan olroso!

¿Cuántos pobres se habrán quedado sin comer ese día en París?... Pero si no fueron tontos, pasarían por el palacio del príncipe Czartorisky y disfrutarían un rato de buen olor.

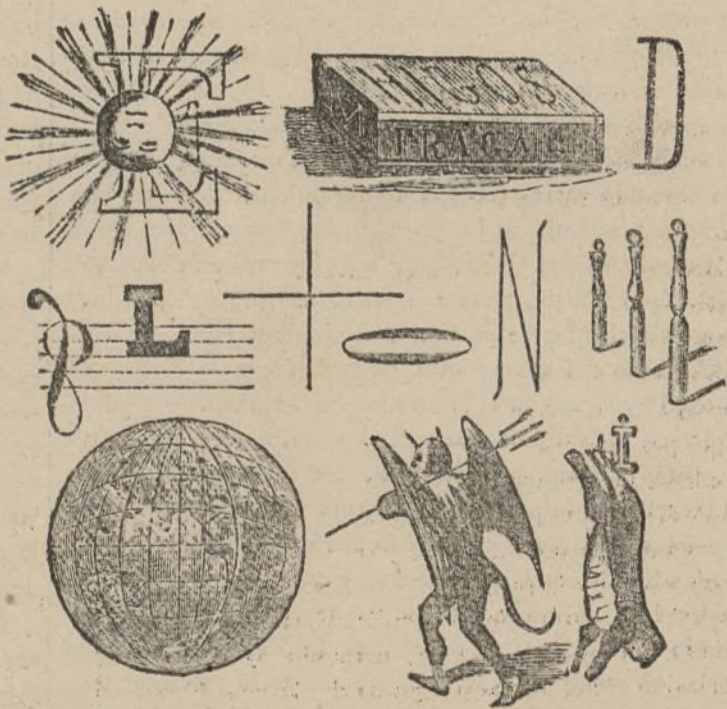
ADVERTENCIAS.

Los señores suscriptores del Interior, cuyo abono no esté cubierto, lo ménos hasta 31 de marzo próximo, se servirán enviarlo á correo vuelto, si quieren tener opción al **ALMANAQUE** de JUAN PALOMO que serviremos con el número del próximo domingo.

Los suscriptores de la Habana que no reciban el número el sábado por la noche ó el domingo por la mañana, antes de las diez, nos dispensarán su favor, avisando a esta Administración, para poner remedio. Como deben comprender, nuestro deber y nuestro interés está en servir bien a nuestros favorecedores.

El número del próximo domingo, que arderá en un candil, será extraordinario, en obsequio del príncipe Alejo, de quien hoy damos su retrato, copiado por nuestro amigo Cisneros de una fotografía que hemos recibido por el último vapor de Nueva York.

GEROGLIFICO.



(La solución en el número próximo)

Establecimiento tipográfico de "La Propaganda Literaria,"
CALLE DE CUBELA, NUM. 14.